

20. EL EVANGELIO EN CORINTO

“Dejaron Misia a un lado y bajaron a Tróade” . Allí tuvo Pablo el sueño del macedonio que le pedía ayuda. Para Pablo fue una indicación “segura de que Dios nos llamaba a predicarles el evangelio” (Hechos 16,8-10). Pablo y Timoteo – y Lucas, que en 16,10-17 introduce la primera sección del libro de los Hechos de los Apóstoles redactada en primera persona – se dirigieron al puerto de Tróade para cruzar el mar Egeo, hacia la isla de Samotracia y de allí a Neápolis y Filipos, “primera ciudad del distrito de Macedonia y colonia romana”, donde se detuvieron unos días. Un sábado tuvo lugar el encuentro con el primer grupo de fieles, y el bautismo de Lidia junto con su familia.

El percance con la familia que explotaba las supuestas dotes de adivinación de una joven esclava les hizo abandonar Filipos. Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, con cuya comunidad Pablo mantendrá una relación muy positiva y cordial. Pero también allí encontraron fuerte oposición, que les siguió hasta Berea. Decidieron seguir hasta Atenas.



Después de discutir en la sinagoga con los judíos, se entabló un primer diálogo con la filosofía helenista, estoicos y epicúreos. No se llegó a un punto de comprensión y Pablo decidió seguir viaje a Corinto. A la llegada de Pablo, hacia el año 50-51, la ciudad tendría unos ochenta mil habitantes y había recuperado su esplendor como centro del comercio marítimo y como capital administrativa de Acaya. En la organización del Imperio, la región estaba considerada como provincia senatorial, desde el año 44, gobernada por un procónsul. Las provincias senatoriales eran regiones generalmente pacíficas, a diferencia de las imperatoriales, gobernadas por un legado, prefecto o procurador.

En Corinto Pablo encontrará al procónsul, ἀνθύπατος, Lucio Junio Gallio, abreviado generalmente como Galión, al frente de la provincia entre 51-52 (o, según otra cronología, 52-53). El encuentro con Galión, originalmente Lucius Annaeus Novatus, hermano de Lucius Annaeus Seneca, el famoso filósofo y escritor, adoptado por Junius Gallio y de ahí el nombre completo Lucius Junius Gallio Annaeanus. La comparecencia de Pablo ante el

procónsul Galión en Corinto se sitúa entre Mayo del 51 y Mayo del 52, período en que Galión ejerció el proconsulado. Galión gozaba de la amistad del emperador Claudio (41-54), según pregona una inscripción hallada en el templo de Apolo en Delfos, para recordar el favor del emperador a petición de Galión a fin de promover la repoblación de Delfos. Lucas da importancia al encuentro con Galión porque sería la segunda vez (la primera fue en Chipre por intervención del procónsul Sergio Paulo) que un alto magistrado romano reconocía la libertad para la difusión del evangelio.

Importante fue también el encuentro con Áquila y Priscila (llamada también Prisca en las cartas; en Romanos 16,3 es mencionada antes que el marido, como corrigiendo la desatención del autor de los Hechos), que se dedicaban a la misma actividad de Pablo, tejido de lonas para tiendas de campaña. También en este caso Lucas da una referencia útil para la cronología de la actividad de Pablo. La expulsión de los judíos de Roma se decretó por edicto del emperador Claudio en los años 49-50. Después de predicar el evangelio por algún tiempo en la sinagoga, ante la resistencia del auditorio judío, Pablo trasladó su centro de acción a la casa de Ticio Justo, un no judío simpatizante del judaísmo. Por vez primera una casa se convertirá en casa-iglesia. Desde aquí ejerció Pablo su actividad misionera durante año y medio, libre incluso de continuar con su oficio de tejedor, para dedicarse por completo a la predicación (Hechos 18,5).

Las cartas a los Corintios son un testimonio de los retos y dificultad que encontró el evangelio para encarnarse en la vida de una ciudad cosmopolita, famosa por sus costumbres desairadas. Las cartas actuales son con bastante probabilidad el resultado de fusionar dos o más fragmentos de las cartas originales. Esta fusión se encuentra ya en la carta más antigua, 1 Tesalonicenses. Una carta dirigida a los Corintios se considera efectivamente perdida (1 Corintios 5,9); el texto de la 1 Corintios puede considerarse como un todo, pero llaman la atención los cambios bruscos de argumento: en 8,1 se alude a otra pregunta propuesta por los corintios; en 15,1 comienzan de pronto, sin preparación, unas reflexiones sobre la resurrección; en 16,1 se pasa bruscamente a otro argumento. Como dato seguro tenemos las indicaciones sobre las fuentes de información de Pablo: informe oficial de las gentes de Cloe (1 Corintios 1,11); la carta con el cuestionario (1 Corintios 7,1) y finalmente la visita de Esteban y sus compañeros responsables de la iglesia local (1 Corintios 16,15-18). Sobre esta triple base podemos suponer tres secciones, que reflejan esta diferente ocasión y una sucesión temporal: 1-6 / 7,1-11,1 / 11,2-16,24. En 2 Corintios se advierten también algunas transiciones difíciles y por eso se supone que en la sección 6,14-7,1 podría encontrarse la carta perdida (1 Corintios 5,9), mientras que en los capítulos 10-13 tendríamos parte de la "carta escrita con lágrimas" (2 Corintios 2, 4).

Los argumentos tratados en las cartas sugieren darse una vuelta por las calles de Corinto. Allí encontramos “cuanto atañe a la vida humana: peleas y pleitos, sexualidad y

compras, ricos y pobres, culto y trabajo, sabiduría y necesidad, política y religión. Algunas de las personas con que nos encontramos están muy pagadas de sí mismas; otras se están viendo desplazadas hacia los márgenes de la sociedad. Es, de hecho, como un paseo por las calles principales, y el foro, de la antigua Corinto. La carta nos introduce a varios temas del discurso cristiano ... La unidad de la iglesia; la sabiduría de Dios; la naturaleza del conocimiento; la práctica de la santidad, especialmente en relación con la sexualidad; monoteísmo e idolatría; la libertad y la autoridad apostólicas; la fe y la práctica sacramentales; los dones espirituales y su uso” (N.T. Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, Verbo Divino, Estella 2008, p.353).

Como muestra, tomamos el argumento de la resurrección que tuvo que presentar una dificultad especial a un público enterado de la filosofía popular, tal como pudo comprobar Pablo al mencionar el tema en su intervención en el areópago, en Atenas: “Al oír «resurrección de entre los muertos», unos lo tomaban a broma, otros dijeron: «De esto te oiremos hablar en otra ocasión»” (Hechos 17,32).

El tema de la resurrección, la de Jesús y la de los cristianos, es un argumento central sobre todo en 1 Corintios 15 y 2 Corintios 4,7 – 5,10. Se explica la diferencia en el tratamiento del tema por un cambio de perspectiva: 1 Corintios refleja el enfoque judío, centrado en la resurrección de los muertos, mientras que 2 Corintios refleja el punto de vista de quien ya no estaba seguro de asistir a la parusía. El enfoque judío aparece con claridad en una expresión que sigue siendo objeto de múltiples interpretaciones: “se siembra un cuerpo animal, σῶμα ψυχικόν (literalmente “psíquico”, pero la traducción “animal” es la más frecuente), resucita espiritual. Si hay un cuerpo animal, lo hay también espiritual”, πνευματικόν (1 Corintios 15,44). ¿Cómo podemos imaginar un cuerpo espiritual?

El tema de la resurrección es tratado desde un enfoque antropológico judío, que se fija en la unidad fundamental de la persona, alma y cuerpo, cuerpo animado, según una visión holística o sintética, distinta de la visión dualista alma-cuerpo propia de la antropología helenista. En cambio, en 2 Corintios el tema de la resurrección es tratado teniendo presente la información de la que seguramente estaban orgullosos los “ilustrados corintios”. El orgullo o arrogancia, φυσίωσις (2 Corintios 12,20), es una actitud que seguramente hizo que Pablo cambiara de táctica o, al menos, de enfoque al proponer el tema de la resurrección teniendo en cuenta las ideas de la filosofía platónica que conformaba el pensamiento común de la cultura helenística. Conocemos esa filosofía platónica popularizada a través del diálogo platónico del Fedón: “El alma debe vivir sola en sí misma, desligada del cuerpo ... En la muerte el alma retorna a su origen, al Dios bueno y sabio”.

El pensamiento ilustrado de los corintios no podía entender la resurrección corporal de Jesús. O bien lo consideraría una necedad o bien pensaría que en realidad Pablo se refería con una expresión nueva a la pervivencia del alma más allá de la muerte, esto es, a la inmortalidad del alma.

Para exponer su idea de la resurrección corporal, Pablo recuerda la enseñanza tradicional sobre la muerte y resurrección de Jesús, recalcando el hecho de que después de su muerte Jesús fue visto por muchos testigos, también por el mismo Pablo. La creencia de muertos que habían regresado del más allá para visitar a los vivos era bien conocida en la cultura grecorromana y por tanto carecía de originalidad y de valor probatorio al aplicarla a la resurrección de Cristo.

Para evitar esa comparación con la creencia en las apariciones de muertos, Pablo insiste en la perspectiva judía de la resurrección corporal general al final de los tiempos. Esta es una creencia propiamente judía, tal como aparece en la visión de la reanimación del campo de huesos secos (Ezequiel 37). El retorno universal a la vida para el juicio de todos los muertos sería condición para purificar la tierra e inaugurar la paz ideal. Esa resurrección no destruirá el mundo, sino que lo transformará, haciendo que los bienes del cielo bajen sobre la tierra. Es el programa de los profetas escatológicos de Israel y esto es lo que entendían los fariseos por resurrección. Sobre esa creencia en la resurrección proyecta Pablo la afirmación de la resurrección de Jesús como anticipo de la resurrección final.

El argumento se desarrolla en un párrafo cuya lógica no es fácil de seguir: si Cristo ha resucitado, no cabe negar la resurrección de los muertos. Porque, si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó. Y en este caso afirmaríamos algo contra el testimonio de Dios, porque, si los muertos no resucitan, tampoco Cristo pudo resucitar (1 Corintios 15,12-13. 15-16). Es decir, si no hay resurrección general al final del mundo, no hay lugar para la resurrección de Jesús, la cual es el anticipo de esa resurrección, las primicias, avparch,, de quienes han muerto (1 Corintios 15,20). La resurrección de Jesús anticipaba lo que el judaísmo fariseo esperaba para el final de los tiempos.